

<http://dx.doi.org/10.12795/RAA.2016.11.10>

Recibido: 16/5/16

Aceptado: 17/6/16

DEBATES TEÓRICOS SOBRE EL ‘FIN DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL’ EN EL HORIZONTE LABORAL DEL NUEVO MILENIO

THEORETICAL DISCUSSIONS REGARDING ‘THE DEMISE OF INDUSTRIAL SOCIETY’ IN THE WORK HORIZON OF THE NEW MILLENIUM

Rafael Cuesta Ávila

Universidad Miguel Hernández de Elche

Resumen

Partiendo del supuesto del ‘*fin de la sociedad industrial*’, como postulado teórico ampliamente compartido dentro del marco de las ciencias sociales contemporáneas, se hace necesario indagar sobre los escenarios laborales emergidos en las sociedades occidentales una vez efectuada la reducción del mundo fabril a su mínima expresión, tras un proceso de sostenido declive del sector secundario generado a partir de la segunda mitad del siglo XX. En este nuevo panorama asistimos al debate entre tres interpretaciones contrapuestas que compiten ideológicamente en dispar relación de fuerzas por dotar de sentido al mundo del trabajo del siglo XXI. De cómo se resuelva el *trilema* de este importante debate teórico dependerá nuestra forma de entender la realidad social, en general, y la realidad laboral, en particular.

Palabras Claves

Antropología del trabajo, antropología de la industria, sociedad post-industrial, sociedad del conocimiento, sociedad hiper-industrial, sociedad convivencial.

Abstract

Assuming the 'end of industrial society', as a theoretical postulate widely shared within the framework of contemporary social sciences, it is necessary to investigate the work scenarios emerged in Western societies once made the reduction of the manufacturing world to a minimum expression, after a process of sustained decline in the secondary sector generated from the second half of the twentieth century. How the trilemma of this important theoretical debate is resolved it will depend on our understanding of the social reality, in general, and the labor situation, in particular.

keywords

Anthropology of work, anthropology industry, post -industrial society, knowledge society, hyper-industrial society, convivial society.

I. '*Muerte de la sociedad industrial*' y emergencia de nuevas realidades laborales

En nuestras sociedades contemporáneas vivimos zarandeados por tiempos de mudanzas, al paio de unos vaivenes que nos llevan al litoral humano de un futuro aun por esclarecer en muchos de sus aspectos cruciales. Tanto es así, que en las últimas décadas, nuestros oídos se han ido acostumbrado a escuchar machaconamente una serie de supuestos discursos terminales que no cesan de anunciarnos el '*fin de la historia*', el '*fin del capitalismo*', el '*fin de la modernidad*', o el '*fin del trabajo*', entre otros muchos fines posibles, entre los cuales se vaticina igualmente el '*fin de la sociedad industrial*' y el advenimiento de una nueva sociedad aún por definir. Pareciera que estemos ante un punto de inflexión hacia lo desconocido que nos anuncia un controvertido cambio de ciclo radical, abierto tanto al avance hacia el rumbo de un nuevo futuro, como al retroceso del mundo hacia un pasado que parecía haberse quedado atrás. En esta tesitura, tres interpretaciones se abren camino para tratar de entender el sentido de ese futuro inminente en donde habremos de vivir pasado mañana.

Desde la primera de estas interpretaciones, de impronta hegemónica, nos encaminamos sin vuelta atrás y en línea recta hacia la plenitud de una inédita sociedad de servicios nunca antes ensayada en la historia de la humanidad, de tal modo que el '*fin de la sociedad industrial*' se traduce en la definitiva implantación de la próspera '*sociedad post-industrial*', hoy reformulada como '*sociedad del conocimiento*'. De este modo, estaríamos asistiendo a un cambio de naturaleza hacia un orden completamente distinto del que salimos, en una especie de metamorfosis en donde la oruga se transforma en mariposa.

Se trata éste de un discurso oficial construido desde las instancias del poder-saber, a partir del cual se definen los propios límites de lo considerado como 'real', subrayando interesadamente el relato de una realidad '*que se cuenta pero que no existe*', salvo en forma de imaginario ideológico hegemónico al servicio de una ínfima y selecta minoría.

Para la segunda, de tintes críticos, estaríamos asistiendo al tránsito de la industria al *industrialismo*, en una especie de retorno hacia el pasado en el contexto del futuro, describiendo un círculo hacia el punto de partida que se intensifica y extiende a medida que todo se re-industrializa sin límites, lo cual permite pensar que el '*fin de la sociedad industrial*' anuncia el sombrío comienzo de la '**sociedad hiper-industrial**'. De ser así, avanzamos en círculo hacia un cambio de grado en el que aplica la lógica del 'más de lo mismo' pero ahora con mayor intensidad, reforzando un sistema que lejos de haber desaparecido, pareciera retornar a un punto de reinicio para abarcar un espectro aún más amplio de la realidad que habitamos. Se trata éste de un discurso negado desde el núcleo del saber-poder sobre una realidad que '*existe pero que no se cuenta*', en un empeño de rechazar la obviedad de la evidencia de unos escenarios industrialistas en expansión.

Según la tercera, de visos utópicos, avanzamos en zigzag hacia la era de una nueva sociedad convivencial, en donde las nociones decimonónicas del tiempo de trabajo y del espacio laboral acaben siendo reemplazadas por las ideas del tiempo libre y el espacio ciudadano, haciendo pensar en la posibilidad de que el '*fin de la sociedad industrial*' conduzca al deseado inicio de la '**sociedad meta-industrial**'. A decir de algunos, el actual clima de profundas incertidumbres y turbulencias favorece la posibilidad de recrear un nuevo marco de relaciones humanas dentro de un mundo más sostenible y solidario. Se trata este de un discurso invisibilizado desde las esferas del saber-poder sobre una realidad que '*ni se cuenta ni se le da existencia*', frente a la resistencia, insistencia y persistencia de unas relaciones convivenciales que siguen siendo pro-activas, tanto en la vida cotidiana como en los movimientos sociales alternativos.

De cómo se resuelva este trilema, dependerá la realidad laboral que construyamos en el nuevo milenio. En cualquier caso, para entender dónde estamos y hacia dónde vamos se hace preciso comprender de dónde venimos, echando para ello una rápida pero necesaria ojeada al retrovisor de la historia.

II. El mundo del trabajo: de dónde venimos, dónde estamos y hacia dónde vamos.

Según las instancias oficiales del saber, el curso de la historia laboral de nuestras sociedades occidentales se deriva de una dinámica secuencial que parte de la anacrónica 'sociedad pre-industrial', de carácter tradicional, campesina y rural, que a partir de mediados del siglo XVIII empezó a ser superada por la nueva 'sociedad industrial', de corte moderna, fabril y urbana, que a su vez acabó siendo sobrepasada por la novedosa 'sociedad post-industrial', en donde en la actualidad estaríamos presuntamente instalados como supuesto punto de llegada final.

En aquel empeño teleológico por justificar el traspaso de la ‘sociedad pre-industrial’ a la ‘sociedad industrial’ estuvieron involucradas desde el principio las ciencias sociales más positivistas, con la economía, sociología, psicología y antropología (ésta en menor grado) al frente, dirigiendo su enfoque explicativo hacia el análisis de los nuevos sujetos emergentes. Estas disciplinas sociales se desarrollaron en estrecha connivencia con la recién nacida ergonomía, que reducía a los sujetos a simples apéndices de los medios de producción, y con las novedosas ingenierías, interesadas tan sólo por el mundo de los objetos productivos, cosificando a los trabajadores en meros ‘recursos humanos’. Este saber desplegado desde el poder imprimió su sello oficial de ‘garantía de autenticidad’ a un relato de la historia que podría ser enunciado a través de tres etapas sucesivas, representadas respectivamente por el discurso de los ‘profetas’, el de los ‘teóricos’ y el de los ‘pragmáticos’ de la ‘sociedad industrial’, como punto de partida desde el cual se desplegaría la arrolladora ‘sociedad post-industrial’ contemporánea en la que algunos gurús de las ciencias sociales nos sitúan en la actualidad.

Los ‘*profetas de la utopía industrial*’, con Adam Smith, Henri Saint-Simon y Auguste Comte a la cabeza, suelen ser citados, no por casualidad, pues ninguna selección lo es, como las clarividentes mentes visionarias de la emergente sociedad industrial en el horizonte europeo de la segunda mitad del XVIII, relegando a un segundo plano a los pensadores/activistas del mal llamado ‘socialismo utópico’, con Robert Owen, Charles Fourier, Étienne Cabet, Flora Tristán, entre otros, a la cabeza, que ya manifestaban su clara apuesta por la construcción de comunidades convivenciales dentro de la nueva sociedad industrial. Desde el nuevo poder (burgués)-saber (positivista) se impulsaría la desaparición de los antiguos poderes (nobiliarios)-saberes (teológicos) para propiciar la demolición del orden del Antiguo Régimen y el ascenso de las nuevas clases dirigentes industriales, asociadas a las incipientes metas tecnocráticas y utilitaristas, cuya competencia técnica eliminaría a esa clase estéril e inútil, encarnada por los parásitos de una aristocracia que debía ser desalojada del poder. Desde la utopía industrial se vaticinaba que los nuevos capitanes de los establecimientos fabriles incorporaban una organización más eficiente y productiva soportada sobre la base de los nacientes conocimientos científicos, permitiendo pasar del gobierno de los hombres a la administración de las cosas, de tal manera que la razón tecnológica, basada en leyes positivas, acabaría sustituyendo los razonamientos políticos de carácter autocrático y arbitrario, más propios de otros tiempos pasados. El papel que jugaron estos ‘profetas’ en el campo de las nuevas ciencias sociales fue crucial para abrir la puerta a una nueva sociedad del trabajo basada en los inéditos mimbres de una producción industrial hasta entonces insólita en el devenir de la historia. A contracorriente de la utopía de la sociedad industrial surgieron con fuerza las primeras reacciones gremiales del ludismo a modo de resistencia artesanal ante la masiva destrucción del empleo derivada del incremento de las máquinas en las fábricas.

Posteriormente, ya desde el primer tercio del siglo XIX, los '*teóricos de la sociedad industrial*' apuntaron con sus penetrantes miradas analíticas hacia las fábricas y sus entornos obreros. Entre ellas destacaron las visiones de autores de la talla de Karl Marx, Friedrich Engels, Émile Durkheim, Max Weber, Herbert Spencer, Ferdinand Tönnies, Arnold Toynbee, Lewis Mumford, . . . , que desde distintas ópticas trataron de sopesar los pros y contras que implicaba la materialización de la nueva utopía industrial. Si por un lado las nuevas sociedades industriales capitalistas demostraban una eficiente capacidad de generación de riquezas, también introdujeron enormes desigualdades económicas, sociales y políticas que alimentaron el creciente conflicto dialéctico entre burguesía y proletariado. Para blindar el poder-saber de la nueva jerarquía industrial, la propia fábrica se configuró como un espacio máximamente coercitivo y mínimamente participativo, en donde la férrea administración del patrón y las lógicas represivas de sus capataces fueron la norma suprema de la tensa coexistencia entre las clases dominadoras y las clases dominadas. El estudio de la entropía o de la anomia social describía una sociedad industrial que lejos de ser idílica arrastraba una ristra de desórdenes de toda índole a los que había que dar solución, mediante una vía reformadora o revolucionaria, siendo las ciencias sociales el instrumento utilizado para tratar de paliar los múltiples problemas generados en las nuevas condiciones. Para Marx, por ejemplo, el punto débil del sistema industrial no se hallaba en la razón tecnológica sino en la cuestión social, cuya creciente degradación y depauperación señalaban los propios límites del desarrollo de la sociedad industrial, lo cual exigía la aplicación de una nueva lógica política de redistribución económica de la riqueza generada desde la producción fabril.

Finalmente, los '*pragmáticos de la razón industrial*', con Frederick W. Tylor, Henry Fayol, Aleksei Stajanov, Henry Ford, Elton Mayo, Taichi Ohno, . . . ofrecieron a lo largo del siglo XX sus conocimientos ingenieriles aplicados sobre unos sujetos-objetos deshumanizados, convertidos en 'recursos humanos', para dar un orden tecnocrático al sistema productivo fabril que avanzaba desde la inicial 'era del carbón', pasando por la 'era de la electricidad', hasta llegar a la 'era del petróleo' actual. Sus contribuciones sirvieron para introducir una mayor racionalización y optimización en la empresa industrial desde los principios de la organización científica del trabajo (OCT), a través de un abanico de distintos modelos productivos representados por los sistemas denominados bajo la etiqueta del taylorismo, fayolismo, estajanovismo, fordismo, toyotismo, y su posterior secuela, el sistema de producción flexible (SPF). Lejos de avanzar en una secuencia lineal, estos modelos se han ido articulando en distintas combinatorias según el contexto industrial de la geografía mundial donde se asentaba el establecimiento fabril. Así mientras el taylorismo-fordismo ha seguido vigente en los países de incipiente industrialización, el SPF se aplicó en los países industrialmente más desarrollados.

Uno de los mayores problemas detectados para el adecuado desarrollo de la 'sociedad industrial' fue su demostrada incapacidad para generar y gestionar dinámicas

democráticas que, hasta cierto punto, resultaban incompatibles con un sistema altamente productivista. Desde la vía reaccionaria-capitalista hasta la vía revolucionaria-socialista, pasando por las tentativas de la ideología soviética-planificada, las intentonas populista-fascista o las propuestas keynesiana-reformista, se ensayaron diversas experiencias a nivel nacional con objeto de corregir los desórdenes introducidos por las sórdidas lógicas industriales, dado que la constante confrontación entre las distintas clases sociales hacía del modelo productivista un sistema a todas luces inoperante ya en las primeras décadas del siglo XX.

Después de la Segunda Guerra Mundial, las políticas económicas de redistribución de la vía reformista-keynesiana, articuladas con el sistema de producción industrial fordista, se aplicaron como las dos palancas de apoyo que permitieron la reconstrucción de los países occidentales a través de una economía mixta que trataba de reconciliar la dualidad entre Mercado y Estado dentro de un orden industrial de ‘rostro humano’. A partir de los años 30-40 del siglo XX, e inicialmente dentro del contexto norteamericano, sociólogos, psicólogos y antropólogos industriales se incorporaron en el *staff* o cuadros intermedios de la industria como nuevos asesores en la gestión de los ‘recursos humanos’, introduciendo en sus estudios la creciente importancia de las necesidades psico-sociales de unos trabajadores que hasta entonces se hallaban excesivamente cosificados. No obstante, esta medida introducida desde y por la dirección llegaría a ser denunciada por los sindicatos al ser entendida por éstos como una estrategia de manipulación de las relaciones laborales por parte de una gerencia empresarial que utilizaba los resortes sociales y afectivos sobre los trabajadores en beneficio del capital o en provecho propio de los empresarios.

Tras los años 70 del siglo XX, el ‘milagro industrial’ japonés introdujo en Occidente el nuevo modelo productivo del toyotismo basado en el *Just in Time* (JIT) y en la integración entre trabajadores y dirección, a través de la construcción interesada de una identidad corporativa diseñada para ser compartida entre unos colectivos que hasta entonces habían convivido en una tirante relación dialéctica dentro del mundo occidental. Sobre esta nueva base tecnológica y organizativa se configuraría ya en los años 80 el actual sistema de producción flexible (SPF), con la aplicación de las nuevas tecnologías del conocimiento, informáticas, automáticas y robóticas, generadas en el escenario de la globalización neoliberal que acabaría derivando hacia la nueva economía de la llamada ‘sociedad post-industrial’, dejando atrás su compleja base fabril para apostar por una economía cada vez más *terciarizada* y *financiarizada*.

Durante buena parte del siglo XX, que transcurre entre el inicial triunfo de la revolución soviética y su posterior extinción, tendría lugar el desarrollo histórico de dos mundos paralelos conectados sobre el mismo eje industrial, que en su doble modalidad de Mercado, dentro del contexto de las ‘sociedades capitalistas industriales’, o de Estado,

en el marco de las ‘sociedades socialistas industriales’, propiciaría un desdoblamiento ideológico a nivel internacional que se mantuvo en pie hasta el final de la Guerra Fría. En calidad de máximo común divisor, la industria habría de ser entendida como una *meta-ideología*, en sus distintas versiones, capitalista y socialista, que por un tiempo representaron simultáneamente las dos caras opuestas de una misma moneda. Tras la caída del muro de Berlín, en 1989, y la disolución de la Unión Soviética, en 1991, el triunfo de la economía capitalista de mercado acabó unificando aquella dualidad ideológica abierta en el mundo laboral dando lugar a una concepción del trabajo que desde entonces ha estado regida de manera exclusiva por el criterio absoluto de la oferta y la demanda, salvando excepciones anecdóticas que no vienen al caso como puedan ser el caso cubano, hoy en decidido proceso de transformación hacia el mercado, y el norcoreano, el único que en la actualidad sigue apostando por el proyecto de una economía socialista planificada de corte estalinista. Por el contrario, las políticas chinas se fueron decantando hacia una ‘economía socialista de mercado’ en una interpretación *sui generis* del principio taoísta del *yin yang*, denominado ‘socialismo con características chinas’, junto a la experiencia vietnamita, dotada de una ‘economía socialista orientada al mercado’, a través de unas adaptaciones que tuvieron lugar ya en la década de los 90.

A lo largo de este amplio periodo histórico, el mundo laboral, tal y como hoy lo conocemos al menos en el contexto de las sociedades occidentales, habría asistido a importantes transformaciones, siendo una de ellas el progresivo avance de la figura del trabajador ‘asalariado explotado’, en silenciosa o ruidosa resistencia frente a la patronal, hacia el ideal del ‘empleado implicado’ con la dirección, en leal connivencia con la gerencia, para dar paso a su vez al nuevo rol del ‘emprendedor autorrealizado’ como culminación de un proceso asociado al desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (TIC`s). Esta sería al menos la narrativa convencional con la que se tiende a relatar el avance evolutivo de las sociedades occidentales en los últimos 250 años hasta la consecución del ‘capitalismo post-industrial’, resultado de la adaptación de la ideología de mercado a un nuevo escenario productivo cada vez más desprovisto del amplio y pesado entramado de aquellas fábricas que durante el siglo XIX y XX sentaron las bases de la acumulación histórica de capital a nivel mundial.

III. Tres interpretaciones distintas sobre un mismo hecho: el ‘*fin de la sociedad industrial*’

Afirmaba Friedrich Nietzsche primero (1887), y confirmaba Michael Foucault después (1969), que ‘*los hechos no existen, sólo sus interpretaciones*’. En este sentido, ante el significado de cualquier fenómeno siempre caben plantearse múltiples versiones de la ‘verdad’, aunque no todas se hallen en pie de igualdad, ya que dependiendo de las instancias ideológicas de turno ciertos imaginarios dominan sobre otros. Esta dominancia del discurso sobre eso que llamamos la realidad viene impuesta por aquellas instituciones

que detentan el poder desde el saber que genera la ‘verdad oficial’, aquella que establece el orden y el control sobre el mundo que habitamos, haciendo pasar por ‘natural’ lo que no es sino una traducción neta e interesada de los hechos ‘brutos’. Estos saberes oficiales aplican en el campo de la educación, de la medicina, de la economía, de la política, de la inmigración, del ocio, del género, de la sexualidad, del periodismo,... haciendo de su estricta observancia la base epistemológica desde la que se reafirma el poder asentado en un *status quo* así establecido. Cualquier modificación, transformación, o alteración de las bases de este saber significa atentar directamente contra las lógicas del poder instaurado.

En el ámbito del trabajo, dentro de nuestras sociedades occidentales contemporáneas, uno de los relatos más consensuados por la mayor parte del arco económico, político y académico, con independencia de la perspectiva ideológica desde la que se efectúe la lectura, alude al hecho terminal representado por el *‘fin de la sociedad industrial’*. Sin embargo, si bien el fenómeno de *‘la muerte de la sociedad industrial’* dentro del contexto occidental parece ser un hecho indiscutible a nivel de las premisas, su lectura acepta ser interpretada de distintas maneras en cuanto a sus consecuencias.

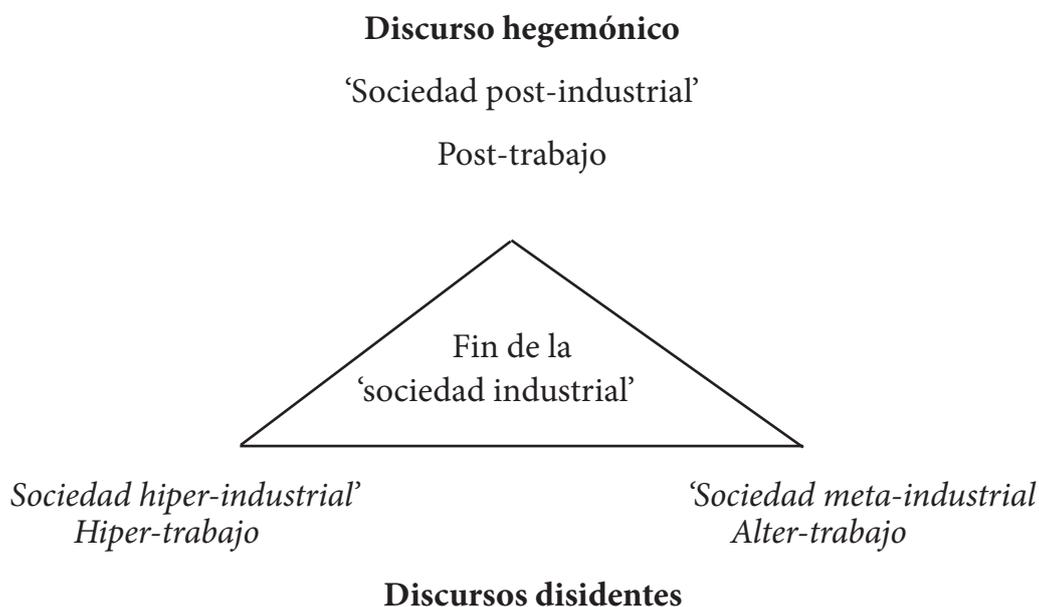
Si para el discurso ‘oficial’, este hecho terminal implica necesariamente el principio de la *terciarización*, desde la lectura de otras visiones críticas la desaparición de la industria anuncia el comienzo del *industrialismo*, o bien, para otros, el posible inicio de la *convivencialidad* desde la perspectiva de un punto de vista utópico. De alguna manera, y en clave metafórica, los hechos vendrían a ser como ese clavo en la pared en donde se cuelgan distintas versiones de la realidad, con la salvedad de que ciertas presunciones se apropian de todo el arco semántico de las ‘verdades’ aceptables. Conviene reintroducir a Foucault en este punto cuando advierte desde la actitud de la sospecha la idea de que *‘quien determina qué es la verdad, tiene el poder’*, aunque esa definición interesada de la ‘verdad’ no coincida con la realidad experimentada por la mayoría de quienes incluso creen firmemente en ella. De este modo, cuando el saber oficial se impone como sentido común se puede afirmar de manera categórica que el poder hegemónico ha ganado la batalla epistemológica.

Dentro del abanico de las distintas interpretaciones ofrecidas sobre el significado actual de la actividad laboral, la imbricación entre saber y poder tiene como resultado la selección de una traducción ‘oficial’ de las cifras de las estadísticas (las cuentas) y de las palabras de los relatos (los cuentos), a partir de la implantación de unos criterios que, definidos desde arriba hacia abajo, establecen una visión normalizadora de lo que es y debe ser el trabajo, en este caso, según los cánones determinados desde la autoridad política y económica, a través de unos discursos ideológicos que acaban siendo aceptados por la mayoría de los empleados, subempleados y desempleados a modo de explicaciones dadas por ‘naturales’. Es así como desde ciertas versiones integradas y acomodadas en las lógicas de la ‘nueva economía’, nuestras vidas laborales se desarrollan dentro del ideario

asociado a las coordenadas mentales de las ‘sociedades post-industriales’ frente a las cuales no podemos resistirnos dada la incuestionable naturaleza de las transformaciones tecnológicas, si ser capaces de entender que detrás de la tecnología existe una ideología que tiene nombres e intereses, utilizando las posibilidades de internet como oportunidad para abaratar las rentas del trabajo y recortar las condiciones laborales dentro de un sistema de producción cada vez más flexible.

Todas aquellas otras explicaciones que no compartan las bases epistemológicas del presupuesto oficial definido como ‘real’, y que signifiquen una puesta en cuestión de los cimientos conceptuales de la ‘verdad’ que sostienen al *establishment*, pasan a ser consideradas como interpretaciones ‘falaces’, ‘irreales’ o ‘utópicas’, que habrían de estar proscritas, condenadas y eclipsadas dentro de los nuevos imaginarios laborales, por ser considerados planteamientos excéntricos al hallarse situados fuera de los bordes de la centralidad del discurso hegemónico. Sin embargo, desde las perspectivas disidentes que se oponen al relato post-industrial proclamado por los saberes oficiales, se proponen interpretaciones diametralmente distintas de la realidad post-laboral, que exponen sus propias ‘verdades’, cada una con sus ‘cuentas’ y sus ‘cuentos’ particulares, sin renunciar, no obstante, a ese mínimo denominador compartido que certifica el ‘*fin de la sociedad industrial*’. Por esta razón se hace necesario distinguir e insistir en la existencia de una pluralidad de discursos frente a la idea dominante de un ‘pensamiento único’, que se impone a través de una desigual competencia interpretativa a partir del postulado teórico de la ‘sociedad post-industrial’, como modelo explicativo hegemónico, frente a la propuesta crítica de la ‘sociedad hiper-industrial’ y al proyecto utópico de la ‘sociedad meta-industrial’.

Del hecho a sus interpretaciones:



III.1. El postulado teórico de la ‘sociedad *post-industrial*’: el *fin de la industria* y el principio de la *tercerización*.

Desde hace varias décadas, los medios de comunicación nos vienen hablando recurrentemente de un avance que parece imparable y que apunta hacia el vaciamiento del contenido industrial de nuestras sociedades. El cierre de los altos hornos, el declive de la metal-siderurgia, la decadencia de los astilleros, la des-industrialización generalizada, la deslocalización fabril, el cese de un número creciente de factorías desfasadas y obsoletas, las reconversiones industriales, el descenso de los puestos de trabajos obreros, la desaparición del proletariado como protagonista social, el eclipse de los sindicatos, el fin de la producción en serie, la propagación de la actividad terciaria,... entre otros síntomas, son una buena muestra probatoria de lo que parece una obvia evidencia. Aquel mundo sórdido, pesado y áspero de antaño, representado por la decadente sociedad industrial, pareciera desmantelarse sin remedio ante nuestros perplejos ojos. La ‘fábrica-cuartel’, la ‘fábrica-penitenciaría’, la ‘fábrica-pabellón psiquiátrico’, la ‘fábrica-institución cerrada’, anuncia el cierre por derribo, emergiendo en su lugar la flamante sociedad de servicios, en donde se visibilizan y potencian otras virtudes humanas altamente valoradas en el ámbito laboral tales como la creatividad del individuo frente a las faenas repetitivas, la iniciativa personal frente a la imposición externa, la desaparición de las fronteras entre capital y trabajo en pos de nuevas sinergias, la liberación de la rigidez de los horarios laborales por una flexibilidad más eficiente,...

En esa misma dirección, resulta cotidiano leer en los titulares de la prensa diaria, cuyas fuentes omito para no cansar al lector, toda una sintomatología que describe el síndrome de la decadencia industrial, tal como se reflejan en esta dispar ensalada de datos sin alinear, en donde también se perciben disonancias y resistencias:

“Europa abandona la industria”; *“Países de la UE deslocalizan sus empresas y apuestan por el sector servicios”*; *“Europa genera cada vez más empleo cualificado en los servicios”*; *“La marca que inventó los vaqueros cierra sus fábricas en Estados Unidos y Canadá”*; *“En el sector textil, el diseño de moda se quedará en EEUU pero la elaboración de los tejidos desaparecerá”*; *“En la siderurgia, los altos hornos estadounidenses producirán aleaciones especializadas, pero el acero normal se comprará cada vez más en el exterior”*; *“El sector del automóvil es, según datos de Trabajo, junto a las industrias intensivas en mano de obra no cualificada (textil, calzado o industria del juguete) donde más cierres de industrias se producen”*; *“La deslocalización industrial, un fenómeno característico de las economías postindustriales”*; *“El Gobierno anima al textil a trasladar al extranjero parte de la producción”*; *“Mudanza de fábricas para abaratar costes y aumentar eficiencias”*; *“Millones de trabajadores chinos realizan jornadas de 15 horas en condiciones inhumanas”*; *“La Federación de Industrias del Calzado Español (FICE) denuncia la situación de grave crisis en el sector”*; *“Cruzada francesa contra la deslocalización”*;...

Aunque el proceso se inició ya a partir de la segunda mitad del siglo XX con el traslado de las fábricas norteamericanas hacia otros lugares del mundo, sería sobre todo a partir de la década de los años 70 cuando se produjo una rápida y progresiva des-localización industrial en los países occidentales más avanzados con su correlato de re-localización en terceros países emergentes del Sudeste Asiático, China, América Latina, África del Norte y Este Europeo. En estos países de recepción se aplicaron las mismas lógicas industriales desarrolladas en las primeras etapas fabriles re-introduciendo el taylorismo y el fordismo en los talleres del Sur global aquellos sistemas de trabajo que ya resultaban obsoletos por anacrónicos en los países occidentales del Norte global. Este desalojo de la industria de una parte del mundo, y su realojo en otra, tendría importantes consecuencias sociales, económicas y políticas que ya a principios del siglo XXI aparecerían claramente manifestadas en las vidas de todos los habitantes del planeta. Los procesos de des-localización primero y de re-localización después de buena parte de las fábricas de las sociedades occidentales trasladadas hacia terceros países, han formado parte de un inmenso e inusitado trasvase, tanto material como inmaterial, posibilitado en gran medida ante el papel jugado por las nuevas técnicas de la información y de la comunicación (TIC's), junto al imparable avance de los medios de locomoción por tierra, mar y aire.

Este proceso de des-industrialización en el mundo occidental, basado en el desplazamiento de buena parte del entramado productivo fabril occidental hacia terceros países, llevó a los científicos sociales a replantearse la cuestión teórica del surgimiento de un nuevo tipo de sociedad en las que antes fueran naciones industriales, apostando por la creación de nuevos modelos sociales contruidos sobre la nueva economía *terciarizada*. Dando por liquidadas las sucias instalaciones y las contaminantes humaredas de las chimeneas de la era industrial asociadas a la civilización del carbón y del petróleo, insignes *gurús* de la economía y de la sociología norteamericana de la segunda mitad del siglo XX, junto a las aportaciones teóricas de destacados intelectuales europeos, dieron por muerta a la industria declarando larga vida a los servicios, mientras anunciaban el advenimiento de un nuevo 'mundo feliz'. Algo inédito estaba surgiendo en aquellas sociedades que abandonan la industria como anterior fundamento laboral para transformar su aparato productivo en un paisaje cada vez más vaciado de fábricas optando por los servicios como novedoso yacimiento de empleo, inaugurando con ello un 'nuevo orden económico mundial'. De ese modo, al lapidario grito de '*¡la industria ha muerto, vivan los servicios!*', se pregonaba una nueva era llena de flamantes expectativas económicas y laborales.

Desde las instancias oficiales del saber, la elaboración de complejas series estadísticas informando sobre la marcha de las dinámicas laborales en los tres sectores de la producción, parecían confirmar, si bien con distintos ritmos nacionales, esta tendencia en la mayor parte de los países clasificados como 'desarrollados'. La verificación de esta dinámica extendida desde América del Norte hasta la Unión Europea, y entre dos países

tan distintos como puedan ser Estados Unidos y España, por tratar de establecer una mirada comparativa, apunta de manera explícita al masivo trasvase de la población ocupada hacia la actividad terciaria, asociada a los servicios, en detrimento de una importante reducción del tejido industrial, dentro de un secundario que, tras haber sido el centro de la producción de la riqueza nacional en el pasado reciente, cada vez más se hallaba inmerso en un proceso de continuo retroceso. Esta dinámica parece apuntar a lo que ya aconteciera en el siglo XIX con el sector primario o extractivo, hoy reducido a su mínima expresión en el Norte Global, vinculando su permanencia desde entonces a la economía de las sociedades tradicionales, hoy calificadas como ‘subdesarrolladas’.

Distribución de la población activa española y norteamericana entre los tres sectores de la producción:

Años	Sector primario (%)		Sector secundario (%)		Sector terciario***(%)	
	España	EEUU	España	EEUU	España	EEUU
1900	67,8	35,3	15,2	26,8	17,0	37,9 (25,1+12,8)*
1910	64,2	31,1	16,2	36,5	19,3	32,6 (17,7+14,9)
1920	59,2	32,5	22,0	32,0	18,8	35,5 (17,8+17,7)
1930	47,1	20,4	31,2	35,3	21,7	44,3 (19,8+24,5)
1940	51,9	15,4	24,0	37,2	24,1	47,6 (22,5+24,9)
1950	49,6	11,9	25,5	38,3	24,9	49,8 (19,0+30,8)
1960	41,7	6,0	31,8	34,8	26,5	59,2 (17,2+42,0)
1970	29,1	3,1	37,3	28,6	33,6	68,3 (21,9+46,4)
1980	18,8	2,1	35,7	22,5	46,8	75,4 (28,8+46,6)
1986	16,4	1,8	31,9	21,0	51,7	77,5 (26,0+51,5)
1997**	8,1	1,5	27,5	20,5	55,2	78,1 (25,6+52,5)
2000**	6,8	1,0	29,4	20,0	63,8	79,0 (24,0+55,0)
2009	4,2	1,2	24,9	21,9	70,9	76,9 (-)

Fuente: elaboración propia a partir de datos censales españoles (EPA) y norteamericanos, estos últimos obtenidos a partir de Beniger (1986), Porat (1977) y OCDE (2000). La construcción se ha integrado dentro del sector secundario.

(*): En el sector terciario, y referidos a los Estados Unidos, aparecen disgregados los datos asociados a los servicios no cualificados y cualificados (producción de información+conocimiento), que en el caso español aparecen agregados por falta de datos estadísticos.

(**): En los años 1997 y 2000, en el reparto del empleo por ramas de actividad no aparece la construcción.

(***): En el terciario no se hallan desagregados los servicios privados de los públicos.

Siguiendo la lógica de la tabla expuesta, en ambos casos, aunque a distintas velocidades, las series estadísticas españolas y estadounidenses permiten observar la misma tendencia hacia el '*fin de la sociedad industrial*', expresada a través de una drástica reducción de la población activa dentro del sector primario, y un posterior descenso del número de trabajadores en el sector secundario, en contraposición a un acelerado incremento de los empleados en el sector terciario, hasta alcanzar en la última década a más del 70% del total de la masa laboral dedicada a los servicios. Similar proceso de cambio se constata en países económicamente desarrollados como puedan ser Reino Unido, Francia, Italia, Alemania, Canadá, y en menor medida Argentina, Chile, Brasil, Portugal,... si bien cada uno con sus particulares perfiles y características nacionales.

Para los teóricos post-industriales de clara orientación (neo/socio)liberal, entre los cuales sobresalen con sus luces y sus sombras figuras de la talla de Alain Touraine (1969), Daniel Bell (1973), Alvin Toffler (1979), Gilles Lipovestky (1983), Manuel Castells (1995), o Daniel Cohen (2006), tanto la sociedad, como la economía, el empleo y el conocimiento se habrían ido vaciando de las lógicas industriales de antaño. La emergencia de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (TICs) implicaban y explicaban el paso de una economía fabril a otra de servicios, la primacía del complejo tecno-científico, y el ascenso de una nueva élite tecnocrática que alteraba la estratificación social de épocas pasadas.

Para muchos de los expertos en la materia, la novedad de la 'sociedad post-industrial' radica en el proceso que justifica la sustitución del trabajo fabril, que hoy se entiende agotado, por la actividad *terciarizada*, avanzándose hacia el horizonte de una sociedad de servicios en donde los trabajadores de 'cuello azul' acaban siendo reemplazados por los de 'cuello blanco'. Durante las últimas décadas, esta 'verdad oficial' sobre el mundo del trabajo ha venido defendiendo la tesis de que hoy vivimos en una 'sociedad post-laboral', definida como superación definitiva del trabajo industrial, cada vez más desplazado hacia otras latitudes del planeta. De tal manera que tanto los grupos dirigentes como los *mass media* no han cesado de reiterar hasta la saciedad el mensaje de que tras el 'fin de la sociedad industrial', vivimos actualmente en una sociedad de servicios basada en la

producción de conocimientos e información, desarrollada a su vez a través del despliegue de unas tecnologías punteras aplicadas sobre este nuevo escenario productivo.

En la esfera laboral, el 'post-trabajo', entendido como 'trabajo-(auto)realización' más que como 'trabajo-(hetero)alienación', ofrecía la posibilidad de elección a un sujeto creativo e innovador que se recreaba como individuo autónomo frente a las condiciones de obligación del operario industrial, ese obrero condenado a la reproducción diaria de una labor externamente impuesta desde la dirección a través de los mandos intermedios. De este modo, dentro del marco de las sociedades occidentales, las TIC's habrían liberado al trabajador de su sometimiento al estrecho destino del productivismo industrial, alentando su capacidad de creatividad y complicidad dentro del sistema en calidad de 'empleado implicado', y aun más allá, de 'emprendedor autorrealizado', como exponentes de esas nuevas figuras laborales que pasaban a sustituir el anacrónico retrato del operario fabril explotado. Se daba paso a una nueva manera de pensar y actuar sobre la actividad laboral en función de las metas presuntamente dictadas por aquellos objetivos personales que el trabajador en cuestión se fijara alcanzar para 'enriquecer' su propia trayectoria profesional, a modo de capital laboral constantemente revalorizado a través de la formación continua para poder seguir compitiendo con sus desiguales. Desde los planteamientos teóricos de la sociedad post-industrial, 'la producción feliz' basada en el conocimiento y en la información, habría superado el tradicional enfrentamiento entre capital y trabajo, apuntando hacia una creciente humanización del trato laboral dentro de la empresa. El empleado post-industrial vendría a representarse ante todo como un sujeto provisto de derechos, y no ya como un mero objeto cosificado dentro de unas estructuras de dominación impuestas externamente.

Todo este discurso oficial ha tratado de ser validado empíricamente a través de una suma de datos y relatos que intentaban definir la realidad a la hechura de los imaginarios 'post-industriales', de tal manera que sobre la nueva estructura productiva de la economía *terciarizada* se levantaba la novedosa sociedad de las clases medias empleada en los servicios, formada por 'empleados implicados' y 'emprendedores autorrealizados', que a su vez servían de asiento a una inédita estructura política en donde los extremos ideológicos se disolvían para avanzar hacia posiciones electorales centristas, lugar estratégico hacia el que acudir tras la búsqueda de un voto ciudadano cada vez más integrado dentro de las lógicas ideológicas del consentimiento asociadas al orden democrático (neo/socio)liberal, disolviendo el esquema político confrontativo de base industrial trazado entre liberalismo y socialismo. En consecuencia, desde la perspectiva de la teoría de la 'sociedad post-industrial', cualquiera de los frentes sociales, políticos y económicos de la era industria habrían concluido su ciclo para tender hacia su progresiva extinción dando paso a la nueva 'sociedad del conocimiento'.

III.2 La propuesta crítica de la ‘sociedad *hyper-industrial*’: el *fin de la industria* y el comienzo del *industrialismo*.

Frente al discurso oficial de la ‘sociedad post-industrial’, para la perspectiva crítica de los teóricos hiper-industriales, de orientación neo-marxista y neo-weberiana, el final de la sociedad industrial no introduce sino el comienzo de la sociedad *industrialista*. Ello implica la intensificación y extensión de las lógicas y prácticas propias del trabajo fabril, trasladadas ahora a otras áreas laborales que antes poseían sus propias formas y contenidos laborales vinculadas a la artesanía, asociada a unos oficios que eran entendidos al margen de la industria.

De este modo, autores tales como Benjamín Coriat (1979), Michael Burawoy (1979), Marvin Harris (1984), André Gorz (1991), George Ritzer (1996), David Harvey, entre otros muchos pensadores críticos, vienen a denunciar la extraña paradoja de que habiendo cada vez menos fábricas, existe en cambio más trabajo industrial, de manera que las lógicas operativas industriales (LOI) se muestran ahora más presentes que nunca. En consecuencia, los procedimientos productivos basados en la LOI, entendidos como ‘*modus operandi*’ característico del trabajo fabril, lejos de reducirse a su mínima expresión no habrían desaparecido, sino que incluso se habrían intensificado en grado, a medida que sus aplicaciones procedieron a una mayor sofisticación.

Partiendo de este punto de vista, en la actualidad estaríamos instalados dentro de la sórdida plataforma de una realidad super-productiva, que aun siendo expuesta ante nuestros ojos en toda su rudeza y crudeza no somos siquiera capaces de ver en toda su plenitud, al caer en el error conceptual de confundir la fábrica (espacio laboral) con la industria (lógicas laborales), ocultándose la ética fabril bajo la estética de los servicios. Adoptando una definición más amplia a su estricta enunciación ortodoxa, el trabajo industrial se explica críticamente, no tanto por el lugar en donde se realiza una actividad fabril, sino como aquel espacio regido por unas lógicas procedimentales cuya aplicación sobre otros campos laborales acaba por romper las clásicas fronteras clasificatorias que separaban, a modo de compartimentos estancos, los tres sectores productivos, primario, secundario y terciario. Esto permite hablar tanto de la ‘industrialización de la agricultura’ como de los ‘servicios industrializados’, a modo de cruce de sectores laborales en donde ahora se impone la misma lógica operativa.

Desde el envés de estas explicaciones teóricas resulta realmente inquietante comprobar cómo quizás vivamos hoy más que nunca dominados por las LOI sin ser del todo conscientes de las mismas, avanzando hacia la construcción de una realidad laboral cada vez más deshumanizada en aras de la sacrosanta productividad. Tal sería la fuerza desplegada por la convicción en un discurso ideológico cuya eficacia radica precisamente en negar la evidencia de que vivimos en una realidad laboral sin fábricas que sin embargo cada vez más es definible por su condición industrial, hoy elevada a su

máxima expresión. En este sentido, desde este enfoque fatalista estaríamos avanzando, o retrocediendo, según se mire, hacia horizontes laborales que históricamente deberían haber sido superados. De ser cierta esta tesis, en la actualidad estaríamos pasando de la industria al *industrialismo*, y no a la prometida ‘sociedad postindustrial’ que algunos teóricos vienen a postular, de tal modo que más allá de la fábrica, el *industrialismo* se nos acaba imponiendo como una forma de vida cada vez más estandarizada y generalizada.

El *industrialismo*, tal y como desde aquí se entiende, consiste en la aplicación de los mismos principios de la organización industrial hacia los sectores agropecuarios y de servicios, tales como la burocratización (eficacia, cálculo, previsión, control), la organización científica del trabajo (división social del trabajo, especialización, segmentación laboral, control del tiempo, análisis de los procesos productivos,...), la propia cadena de montaje (producción en serie, cinta transportadora,...), y la tecnologización (electrónica, robótica, biotecnología, automatización, fibra óptica, nuevos materiales,...), elementos todos que se extienden más allá del *locus* fabril para volcarse sobre otros espacios laborales tal como sucede con la agricultura, la ganadería, la pesca, la construcción, la restauración, el turismo, la educación, la sanidad, o la oficina, en un abanico productivo cada vez más abarcativo que nos reintroduce en el mundo industrial disfrazado de imaginarios post-industriales, de modo parecido a como el realizador alemán Fassbinder (1973) jugaba ante la cámara con la paradójica relación entre lo analógico y lo digital (electrónico).

En este proceso, la sociedad industrial se habría ido desplazando subrepticamente, a la manera de una mancha de aceite, del recinto propiamente fabril, considerado su *locus* original, hacia otros escenarios laborales encuadrados en los sectores primario y secundario, amplificando su radio de acción incluso hacia otras actividades extra-laborales asociadas al consumo, a través de la compra fordista, cuando ‘montamos’ el carrito entre los pasillos del centro comercial, o de lo doméstico, un ámbito cada vez más domotizado, por no hablar de la estandarización del ocio y de turismo, esferas en las cuales se introducen los mismos esquemas operativos que originalmente tuvieron aplicación en la sociedad industrial dentro del sector secundario. A la extensión e intensificación de estas lógicas y prácticas procedimentales hacia otros sectores de la producción en el seno de las sociedades occidentales, habría que añadirse la expansión geográfica del tejido fabril hacia otros continentes que hasta hace algunas décadas basaban su actividad en una economía de carácter agro-pecuaria.

Partiendo de la serie estadística antes aportada sobre las dinámicas históricas del cambio de la población activa por sectores, resulta sorprendente destacar como desde la óptica crítica cabe hacerse una interpretación diametralmente opuesta de los mismos datos numéricos manejados por el enfoque post-industrial en relación a los tres sectores analizados.

En cuanto al sector primario, lejos de su reducción a su mínima expresión dentro de la sociedad post-industrial, cabe hablarse de su creciente industrialización dando lugar a una 'agricultura sin campesinos' a través de una creciente mecanización del campo y maquinización de las labores agrícolas. Este proceso se manifiesta a través del acelerado desarrollo de la agricultura industrial o agroindustria, asociada a la denominada 'revolución verde'; del vertiginoso avance de la industria ganadera y de la ganadería industrial, a través de la llamada 'revolución roja', en forma de granjas-factorías (avi-factorías, porco-factorías, vacuno-factorías,...), en donde los animales son reducidos a productos desalmados; y del imparable incremento de la pesca industrial, o 'revolución azul', identificada tanto con los barcos-factorías (grandes arrastreros) como con las piscifactorías, que no son sino fábricas masivas de peces. Este proceso de sustitución de la flota artesanal por la industrial ha sido detenidamente analizado por el autor en el contexto de la costa gallega desvelando sus funestas consecuencias (2016). La conversión de las prácticas laborales del sector primario a las nuevas LOI da cuenta de la transformación de este tipo de actividad hacia las nuevas dinámicas productivistas basadas en el modelo industrialista. La explotación industrial de los recursos vegetales y animales reproducen lógicas operativas instrumentalistas y altamente racionalizantes que aplican igualmente a la explotación humana de los trabajadores que a su vez explotan los recursos agropecuarios. La mecanización del campo, la proletarización del campesinado, la taylorización del trabajo en la agricultura intensiva y extensiva, la aplicación del fordismo en la cría ganadera,... son actividades que operan ahora con lógicas industriales en sectores calificados como agropiscipecuarios, pese que aun arrastremos en nuestras mentes bucólicos imaginarios que nos hablan más de un pasado anacrónico que de la realidad del presente. Debido a este trasvase de las LOI a la agricultura, a partir de la tecnologización de los procesos, ha sido posible el recorte de la población campesina hasta niveles mínimos de ocupación. En consecuencia, la hiper-industrialización de la agricultura, de la ganadería y de la pesca conduce a la superproducción, a la saturación de los productos y a la depresión de los precios, que hace que los granjeros, pescadores y ganaderos tradicionales tengan, bien que abandonar su actividad artesanal, o reconvertirse laboralmente a las lógicas ideológicas hegemónicas, tal como narra José Saramago en una de sus fatídicas novelas tomando como referente la figura de un alfarero (2007).

En relación al sector secundario, lejos de su supuesta desaparición, se asiste, tanto a la des-localización de la industria hacia terceros países del Sur global, antes pre-industriales, en donde se producen la mayor parte de los artículos que se consumen en las sociedades occidentales, como a la re-industrialización del sector en el Norte global hacia una 'fábrica sin obreros'. Frente a la expulsión de buena parte de las obsoletas fábricas de segunda o tercera generación se alzan ahora las factorías automatizadas, robotizadas e informatizadas que apuestan por hacer real la tecno-utopía de la fábrica desprovista de

operarios. Lejos pues, del ‘fin de la industria’ estaríamos ante una nueva reordenación de la actividad industrial a nivel mundial, de tal modo que lo antes se producía dentro de las fábricas de las metrópolis de los países occidentales ahora se realiza en las factorías de los países en desarrollo o emergentes, estratégicamente situadas en áreas política y económicamente des-reguladas, con el objetivo de reproducir las relaciones de dependencia mundiales dentro de un complejo sistema de producción global que permita la máxima extracción de plusvalías.

Por último, la tendencia creciente del sector terciario avanza hacia el modelo laboral de unos ‘servicios proletarizados’ manifestados a través de la ‘industria del turismo’, la ‘industria del ocio’, la ‘industria de la cultura’, la ‘industria de la educación’, la ‘industria universitaria’, la ‘industria sanitaria’ o ‘fordismo hospitalario’, la ‘industria hotelera’, la ‘industria de la restauración’, la ‘industria de la construcción’, la ‘industria farmacéutica’, la ‘industria artesanal’, la ‘industria financiera’, la ‘industria informática’, la ‘industria del deporte’, la ‘industria militar’,... Y así podría proseguirse citando y recitando una larga lista de servicios industrializados dentro de un mercado laboral en donde cabe establecerse una dualización entre el ‘post-trabajo’ de alta cualificación, propio de los empleados del conocimiento, altamente creativos, pero sometidos a unas lógicas de auto-explotación disfrazadas de diversión junto a los deseos de una supuesta realización personal insertados a través de estrategias de seducción, y el ‘hiper-trabajo’ de baja cualificación, asociado a los empleados de la información, altamente reproductivos, que siguen sojuzgados a los mismos métodos de control que aplicaban en la fábrica convencional a través del uso de métodos de coerción simbólica.

Desde una lectura neo-marxista, el *industrialismo* implica aumentar los grados de explotación y alienación de los trabajadores de todos los sectores, tanto los cualificados (post-trabajo) como los no cualificados (hiper-trabajo), resultado del consentimiento colectivo que otorgamos al saber desplegado desde el poder, que convierte en sentido común lo que no es sino una falsa evidencia. Desde una lectura neo-weberiana, este proyecto industrialista encierra al sujeto en una ‘jaula de acero’ inoxidable e inexorable, negando los procesos de subjetivización incluso en el mundo del arte y de la cultura frente al avance de estas lógicas *industrialistas*, que cada vez más parecen haberse ido asumiendo con menores resistencias en unos trabajadores insertados en espacios altamente racionalizados, independientemente de cual sea el sector productivo considerado.

III.3. El proyecto utópico de la ‘sociedad meta-industrial’: el fin de la industria y el inicio de la *convivencialidad*.

La segunda de las perspectivas disidentes con respecto a la ‘verdad’ oficial, se despliega desde el punto de vista de un discurso de impronta voluntarista y utópica, sin que ello signifique su inviabilidad en un futuro cercano. Desde esta nueva disposición, la sociedad por venir no puede ser ‘post-industrial’ ni debe ser ‘hiper-industrial’, sino una realidad

completamente distinta. Partiendo de tales postulados se defiende la idea de un proyecto alternativo que reivindique la desaparición de la industria como condición necesaria para proceder al reto de una re-humanización de la realidad venidera, procediendo a la inauguración de una novedosa sociedad de carácter convivencial.

Desde los focos de la 'sociedad meta-industrial' se muestra el viraje hacia otra realidad laboral en donde el productivismo del trabajo alienante acabe perdiendo su centralidad, apelando a una reinención de la actividad profesional ligada al placer del oficio artesanal, reivindicando el disfrute personal de la actividad profesional y el desarrollo de una nueva sociabilidad que potencie lo mejor de cada uno de sus integrantes dentro de un entramado convivencial. Este traslado de la productividad a la convivencialidad a través del trabajo cooperativo no consiste sino en sustituir un valor técnico por un valor ético que permita reestablecer los lazos sociales entre los seres humanos, limitando el crecimiento económico a los umbrales de la sostenibilidad para potenciar el crecimiento personal y social por encima de las expectativas instrumentalistas.

Una sociedad convivencial, según la formulación de Ivan Illich es aquella en donde el ser humano controla la máquina sin dejarse dominar por ésta, aquella en la que la tecnología está al servicio de la persona integrada en la colectividad y no al servicio de un cuerpo de especialistas, abogando por la construcción de una nueva realidad laboral en donde los trabajadores dediquen menos horas a la producción y más tiempo al desarrollo de las relaciones sociales, dada la existencia de toda una avanzada tecnología que hoy más que nunca posibilita la emancipación personal dentro de la sociedad actual. Sólo dejando atrás las apariencias de la sociedad post-industrial y abandonando la dura carcasa de la sociedad (hiper-)industrial, como un cascarón vacío de humanidad, cabría avanzarse hacia una nueva realidad construida a la medida del ser humano. Quizás esta utopía sea la última esperanza para una humanidad en donde la importancia del ocio como actividad liberadora acabe sustituyendo la centralidad del trabajo alienante.

Portando estos ideales humanísticos, Iván Illich, cuyo pensamiento se desarrolló fundamentalmente en torno a la década de los años 70 para revalorizarse en la actualidad, es reconocido como uno de los inspiradores del decrecimiento, abriendo un nuevo horizonte alternativo en el plano laboral, como en tantos otros, que permita la viabilidad de la supervivencia humana en unas condiciones orientadas hacia la disminución de la producción, del consumo material y del gasto energético en los países del Norte Global, en beneficio del fomento de las relaciones humanas. Sus trabajos estuvieron inspirados a su vez en el pensamiento de los años 30 de la Escuela alemana de Frankfurt liderada por autores como Horkheimer, Adorno, Fromm, Marcuse, Habermas, entre otros, si bien distanciándose de la línea crítica freudo-marxista para adoptar la vía de un 'radicalismo humanista'.

Próximos al pensamiento de Illich (1973), figuran pensadores de la talla de Cornelio Castoradis (1975), André Gorz (1991), Georgescu-Roegen (1991), o Serge Latouche (2008), que insisten en desvelar los límites del crecimiento, en apostar por el desarrollo del ecologismo, en denunciar los peligros del control tecnocrático, en anunciar la inutilidad de la obsolescencia programada,..., proclamando el fin del trabajo y la organización de una sociedad *deslaboralizada*. Desde Paul Lafargue en el siglo XIX hasta Tom Hodgkinson en el siglo XXI, como abanderados intelectuales del derecho a la pereza, pasando por el elogio a la ociosidad de Bertrand Russell, a los que cabe sumarse la abolición del trabajo de Bob Black, o el mismo concepto del ‘desempleo creador’ aportado por Illich, se pone de manifiesto el cuestionamiento del trabajo como la piedra angular para desmitificar los fundamentos de las lógicas productivistas en todas sus dimensiones. De hecho, para todos estos autores la vida auténtica se halla en los ‘tiempos muertos’ y no en los espacios productivos, a partir de los cuales fundar unas bases sociales, económicas y políticas alternativas.

Desde épocas remotas, el trabajo ha sido históricamente considerado como una maldición bíblica que llegaría a su extremo trágico con las miserias de una nueva modalidad laboral surgida a partir de la revolución industrial, ligándolo definitivamente a la productividad como fin único y último, momento en donde la laboriosidad pasaría a ser enaltecida por el pensamiento utilitarista burgués como símbolo de virtud, quizás la más sublime de todas ellas. Convertido en fuente de beneficios para una minoría hegemónica, la ética laboral de cuño liberal obliga a una mayoría silenciosa a mostrarse en permanente disposición para trabajar en post de la ‘dignificación humana’. Esa devoción al trabajo que se ha apoderado de nuestras mentes y cuerpos habría de ser entendida desde una lectura convivencial como una falsa creencia alimentada a través de imaginarios que reactualizan el sainete cervantino del retablo de las maravillas o el cuento del traje nuevo del emperador de H.Ch. Andersen, cuya moraleja común consiste en (de)mostrar que ‘no tiene por qué ser verdad lo que todo el mundo piensa que es verdad’, reclamándose la inocente voz de ese niño que grite lo que todo el mundo sabe pero que nadie se atreve a decir.

Tal y como sostenía Castoradis, lo realmente paradójico, es que aquellos que reclaman una necesaria transformación radical para el futuro de la humanidad, mirando más allá de la inmediatez, sean tachados de ‘utopistas’, cuando deberían ser considerados como ‘realistas’. Lo realmente utópico es seguir pensando en un crecimiento infinito dentro de las limitaciones de un planeta finito, tal y como plantea la utopía de mercado. La convivencialidad a través del decrecentismo, ofrece una propuesta realista frente al idealismo de mercado. Sin embargo, para Illich, estamos tan condicionados por los hábitos industriales que cualquier alternativa a la producción en masa suena al retorno hacia un

pasado tradicional o hacia el primitivismo del buen salvaje, sin llegar a entender que el futuro que nos acecha, ya sea en su forma industrialista o terciarizada, es completamente insostenible. La reconstrucción convivencial no implica la supresión de toda producción industrial ni la regresión hacia herramientas ineficaces, ya que una sociedad convivencial, basada en pequeñas unidades de producción y consumo auto-gestionadas/suficientes, no tiene por qué ser una sociedad estancada. Con este propósito habría que empezar a llamar a las cosas por su nombre con objeto de ser engañados con ficticias evidencias. Así, desde la ‘verdad’ oficial, se denomina *avanzada* a aquella sociedad en donde la mayoría de la gente depende del superconsumo de bienes y servicios, en donde la vida cotidiana transcurre en el gran supermercado universal, ‘progresando’ hacia una productividad infinita, mientras que se llama *retrasada* a aquellas en donde su nivel de producción y consumo, su grado de desarrollo tecnológico, o su eficiencia económica, no llegan a la sobreabundancia de unos niveles de riqueza material considerada como única vía hacia la felicidad.

A diferencia de la industrial, la relación convivencial es acción entre personas que participan de la creación de la vida social, en donde la importancia del ocio como actividad liberadora acabe sustituyendo la centralidad del trabajo entendido como actividad explotada y alienada. Trabajar para vivir, y laborar para disfrutar con los demás, sería el sentido último de la convivencialidad en una sociedad que permita dotar a todos sus miembros de la acción más autónoma y más creativa posible, dentro de un reparto igualitario de la riqueza que conduzca a la satisfacción plena de las necesidades consideradas como básicas, apostando por la soberanía participativa en la toma de decisiones a través de la democracia directa en un planeta sostenible, solidario y humanista.

IV. Saliendo de la encrucijada *trialéctica* desde la sociedad trans-industrial.

Entre el arco ideológico que va desde el polo del ‘*nada es industria*’ de la interpretación oficial, al extremo del ‘*todo es industria*’ de la versión crítica, pasando por el vértice de que ‘*otra forma de entender el trabajo es posible*’ de la lectura alternativa, se hace preciso tensar la cuerda para afinar que partitura interpretar entre tanto ruido de fondo. Afinar, en última instancia, significa desvelar las fuentes del poder y del saber que dictan nuestra manera de descifrar el sentido último del trabajo en el laberinto de nuestras vidas, denunciando aquellos silencios que se esconden detrás de lo que se dice, pasando de este modo de la interpretación de la realidad a la realidad de la interpretación.

Tal como ha sido expuesta, esta *trialéctica* nos permite construir el gráfico de una cruceta teórica que no deja de ser una encrucijada ética en el mundo laboral de las sociedades occidentales contemporáneas, sirviéndonos de mapa de situación para tratar de buscar una respuesta en función de nuestras propias inquietudes. En la imagen se muestra

una secuencia temporal que trata de responder a las cuestiones que ya se plantearon al principio del texto, explicando las dinámicas de nuestras sociedades contemporáneas desde sus antecedentes históricos hasta sus consecuentes actuales, intentando dilucidar, a partir de lo vislumbrado, hacia dónde avanzamos de cara al futuro, en una ‘sociedad trans-industrial abierta’ a tres escenarios posibles, cada uno con sus fuentes teóricas, sus propuestas ideáticas, sus modelos laborales, o sus lógicas espaciales, entre otras tantas cuestiones que merecen la pena ser analizadas con mayor detenimiento.

DE DÓNDE VENIMOS DÓNDE ESTAMOS HACIA DÓNDE VAMOS

SOCIEDAD TRANS-INDUSTRIAL

<p>SOCIEDAD PRE-INDUSTRIAL</p> <p>Campesina y rural</p>	<p>Destajo/Taylorismo/Fordismo/Toyotismo/ SPF</p> <p>SOCIEDAD INDUSTRIAL</p> <p>Fabril y urbana</p> <p>Profetas: A. Smith, Sain-Simon, A. Comte</p> <p>Teóricos: K. Marx, E. Durkheim, M. Weber</p> <p>Pragmáticos: F.Taylor, H. Ford, T. Ohno</p>	<p>SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL</p> <p>Terciaria y rururbana</p> <p><i>Sociedad de la producción y del consumo ‘feliz’</i></p> <p>Hacia una teoría del consentimiento</p> <p>Autores: D. Bell, A. Touraine, A. Giddens, M. Castells, J. Rifkin</p>
		<p>SOCIEDAD HIPER-INDUSTRIAL</p> <p>Industrialista y megaurbana</p> <p><i>Sociedad de la alineación y de la explotación</i></p> <p>Hacia una teoría de la sospecha</p> <p>Autores: Escuela de Frankfurt, B. Coriat, M. Harris, G. Ritzer</p>
		<p>SOCIEDAD META-INDUSTRIAL</p> <p>Agro-pecuaria y neorural</p> <p><i>Sociedad convivencial</i></p> <p>Hacia una teoría de la esperanza</p> <p>Autores: P. Lafargue, I. Illich, A. Gorz, Bob Black, S. Latuche</p>

Detrás de esas tres grandes puertas que se abren al futuro del nuevo milenio se muestran horizontes claroscuros que demandan de nuestra ocupación, tanto en cuanto científicos

sociales comprometidos con los ideales democráticos, y que requieren de nuestra preocupación, en tanto ciudadanos garantes de un Estado de derechos cívicos.

De este modo, abriendo a la mirada el escenario futuro de la ‘sociedad post-industrial’ se observa cada vez más el lado oscuro de la concentración de la información y del conocimiento en menos manos, en un saber al servicio del poder ejercido a través de las nuevas tecnologías digitales, que permitirán un mayor control de la población y del mercado laboral, tal como ya ocurre con el uso y abuso del Big Data, el análisis de los meta-datos, el espionaje sobre los usuarios de internet, el almacenaje de datos en la ciber-nube, o la creciente automatización de los procesos, entre otros muchos ‘avances’ de los que apenas somos conscientes salvo para el entendimiento de una élite tecnocrática que es la que decide hacia dónde vamos sin previa consulta a la ciudadanía, llevándonos hacia esa distopía del ‘mundo feliz’ que ya fuera anticipada por Aldous Huxley a modo de profecía por autocumplirse, en donde en definitiva se acaba adorando a la imagen de Henry Ford.

En el sombrío escenario de la ‘sociedad hiper-industrial’ del siglo XXI se vislumbra un sórdido porvenir que anuncia, con mayores o menores resistencias, un importante retroceso de las conquistas sociales y de los derechos laborales alcanzados durante el siglo XX, devolviendo al trabajador a las duras condiciones del siglo XIX, si no a peores situaciones, dado el dominio omnímodo de una producción cada vez más tecno-vigilada dentro de una sociedad impregnada de tintes ‘orwellianos’.

En cambio, en el luminoso escenario de la ‘sociedad meta-industrial’ se alberga la posibilidad de construir un nuevo contrato social, político y laboral en los inicios del presente milenio, basado en la liberación del trabajo a través del uso ético de las nuevas técnicas con objeto de potenciar el papel de la participación del ciudadano en una sociedad verdaderamente democrática y solidaria, en donde quepan la libertad individual y la igualdad social.

Apostar por una u otra interpretación, partiendo de la máxima común del ‘fin de la industria’, implica tomar una elección ideológica sobre cuál es la realidad que queremos habitar en un futuro inmediato. No obstante, el distinto peso otorgado desde el poder hegemónico amparado en los conocimientos académicos del saber dominante, establece una asimétrica relación entre este juego de interpretaciones, imponiendo de manera hegemónica el imaginario de un ‘pensamiento único’ sobre la actividad laboral que acaba siendo interiorizada mayoritariamente por una población trabajadora, crecientemente precarizada y desempleada, que en demasiadas ocasiones asume acríticamente las reglas objetivas de una interpretación que en última instancia obedece a una lógica ideológica cargada de tintes neoliberales.

Para indagar más allá de la dimensión teórica en donde se desenvuelve el debate sobre la naturaleza del trabajo dentro de nuestras propias sociedades, se hace necesario proceder

al ejercicio etnográfico de hacer bajar a la calle esta tríada discursiva para ponerla en boca de unos ciudadanos que, una vez convertidos en interlocutores, nos ofrezcan sus propias interpretaciones sobre los atributos referidos a los imaginarios laborales aquí manejados. De este modo, pese a que en el presente texto se plantee la problemática desde un punto de vista eminentemente teórico, cabe hacerse un análisis etnográfico sobre las cuestiones tratadas haciendo descender las ideas manejadas al plano de la acción, pasando de este modo de las teorías de la realidad a los discursos de las prácticas, y finalmente a la descripción detallada de los comportamientos observados en la escala vivencial.

Escuchar lo que la gente piensa y dice sobre lo que hace es una primera aproximación verbal a la acción, que luego tiene que ser contrastada con el paso de los dichos a los hechos a través de una etnografía densa que describa, por ejemplo, como el operario de un establecimiento de comida rápida elabora en su puesto habitual alimentos desde lógicas industriales desde el consentimiento o la resistencia, o como el obrero de una fábrica de automoción realiza su trabajo cotidiano en la cadena de montaje más allá de las directrices al uso, o como un joven programador se implica tanto con su empresa tecnológica hasta el punto de entregarse en cuerpo y alma a la ‘felicidad orgiástica’ del trabajo continuo.

Alrededor de la ‘sociedad trans-industrial’, aquella que vendría a sustituir a la sociedad industrial en cualquiera de sus variantes, pueden localizarse a grandes rasgos tres grandes tipos de discursos a pie de calle asociados a cada una de las propuestas teóricas mencionadas. Los primeros son los relatos ofrecidos por quienes aceptan las premisas de la ‘sociedad post-industrial’, representando el discurso de los ‘integrados’, esto es, el de aquellos que se declaran pro-sistemas, a veces de manera reflexiva, a veces de modo inconsciente, pero siempre de una forma consentida, incluyendo no sólo a quienes están dentro de esa minoría privilegiada sino a la amplia masa de los que quisieran vivir en el ‘mejor de los mundos posibles’ aunque no se lo puedan permitir. Los segundos, asociados a la teoría hiper-industrial, representan el discurso de los ‘apocalípticos’, declarados anti-sistemas que niegan críticamente las bases ideológicas del modelo hegemónico pero sin ofrecer más soluciones que la resistencia pasiva o activa a las crecientes lógicas industriales que se imponen sobre la actividad laboral en todos los órdenes. Los terceros, en una propuesta interpretativa que resulta tan ideológica como todas las demás, sin entrar en contradicción con los planteamientos del *industrialismo*, acaban superándolos, ya que no se limitan a ejercer la crítica y la resistencia al avance de las lógicas industriales, sino que además ofrecen un discurso alternativo que permite encontrar otra salida esperanzadora del laberinto al dilema entre el *post-trabajo* y el *hiper-trabajo*, a través de la elección voluntaria hacia una tercera vía, el *alter-trabajo*.

Obviamente, los discursos no son la realidad pero dicen lo que los agentes quieren decir acerca del mundo en el que viven, interpretando los hechos desde sus propias categorías mentales a través de los filtros de sus experiencias vivenciales. Cuando estos criterios resultan ajenos al sujeto auto-reflexivo cabe hablarse de discursos enajenados, en donde el relator dice lo que dicen quienes dicen lo que hay que decir, expresándose en términos de lo que cabe calificarse como social, económica o políticamente correcto. En cualquier caso, dichos y hechos son dos niveles que no deben confundirse porque en realidad muchas veces no hacemos lo que decimos, ni expresamos lo que pensamos, como tampoco creemos aquello que vemos sino que sólo vemos lo que creemos,... o nos hacen creer.

Al abordar a los interlocutores en el campo, cuestión que se deja en cualquier caso para un posterior artículo, se constata como buena parte de los agentes suscriben la idea general de que laboralmente vivimos dentro de una sociedad *terciarizada*, en donde la industria apenas tiene hoy vigencia, tras haber sido reemplazada por actividades asociadas a la economía de los servicios, sin interrogarse muchas veces sobre las consecuencias negativas de un avance tecnológico que cada vez controlamos menos y desde el cual se nos controla cada vez más. Eso no quita para que cada vez sean más los que aprendemos a mirar la realidad desde los ojos de nuevas interpretaciones que de-construyen los imaginarios colectivos dominantes que hasta entonces se habían creído como ciertos, permitiendo ver el trasfondo de las aparentes evidencias que desde el saber del poder se nos trata de mostrar tras la vistosa luna del escaparate post-industrial. Y es entonces cuando se descubre ante la vista la transparente imagen de la desnudez del emperador.

Salir de este atolladero laboral y vital desde las claves de una perspectiva alternativa requiere repensar el concepto del trabajo desde la convivencialidad, en una andadura cuyos primeros pasos pueden comenzar siguiendo una sencilla sugerencia que el propio autor trata de poner en práctica cuando reflexiona acerca de los límites y posibilidades del trabajo a acometer en la vida cotidiana:

“En la medida de lo posible, trabajar sí, pero de una manera lúdica y no como un ludópata, como si fuera un juego y no una adicción, de una forma creativa y no reproductiva, para ganar(se) la vida y no para perderla, sin explotar a nadie ni ser explotado por alguien, haciendo primar la acción colaborativa sobre el acto privativo, trabajando lo justo en el doble sentido del término. Son éstas condiciones irrenunciables por las que merece la pena luchar desde la voluntad personal y colectiva por una vida laboral convivencial”.

A modo de punto final, y como pequeño homenaje a la valentía intelectual del recientemente fallecido Eduardo Galeno, sólo me resta reiterar aquello de que *“muchacha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo pequeñas cosas, pueden cambiar el mundo”*... de rumbo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Beck, U. (2000). *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona. Paidós.
- Bell, Daniel (1973(1976). *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid. Alianza Universitaria. Ciencias sociales.
- Buroway (1979). *El consentimiento en la producción*. Madrid. Ministerio de Trabajo.
- Castell, Manuel (1995). *La ciudad informacional*. Madrid. Alianza Editorial.
- Castoradis, Cornelio (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona. Tusquets Ed.
- Cohen, Daniel (2006). *Tres lecciones sobre la sociedad postindustrial*. Madrid. Katz Ed
- Coriat, Benjamin (1979). *El taller y el cronómetro*. Ed. S.XXI. Madrid.
- Darhendorf, R.(1959). *Social class and conflict in industrial society*. Stanford. Stanford University Press.
- Cuesta Ávila, Rafael (2016). *De la Costa de la Muerte a la muerte de la costa. La Gran Transformación del mundo en un pequeño punto pesquero*. (En publicación).
- Fassbinder, Rainer W. (1973). *El mundo conectado* ('El mundo en el alambre; según su traducción literal, *Welt am darth*). Serie de TV alemana de dos capítulos basada en la novela de Daniel F. Galouye, '*Simulacron-3*'.
- Foucault, Michel (1969)1999). *La arqueología del saber*. Siglo XXI editores. Madrid.
- Fukuyama, Francis (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona. Planeta.
- Georgescu-Roegen, Nicholas (1991). *La ley de la entropía y el proceso económico*. Visar. Fundación Argentina.
- Gorz, André (1991). *Metamorfosis del trabajo*. Madrid. Ed. Sistema. Madrid.
- Harris, Marvin (1984). *La cultura norteamericana contemporánea*. Alianza Editorial. Madrid.
- Illich, Ivan (1973). *La convivencialidad*. Barcelona. Virus Editorial.
- Lipovestky, Gilles (1979). *La era del vacío*. Barcelona. Ed. Anagrama. Barcelona.
- Nietzsche, Friedrich (1887(1997). *La genealogía de la moral*. Alianza Editorial. Madrid.
- Rifkin, Jeremias (1996(1994)). *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. Ed. Paidós.
- Ritzer, George (1996). *La McDonalización de la sociedad*. Barcelona. Ariel.
- Saramago, José (2000). *La caverna*. Madrid. Alfaguara.

Serge Latouche (2008) *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?*. Barcelona. Icaria.

Toffler, Alvin (1979). *La tercera ola*. Barcelona. Plaza & Janés.

Touraine, Alain (1993) *Crítica de la modernidad*. Madrid. Ed. Temas de Hoy.